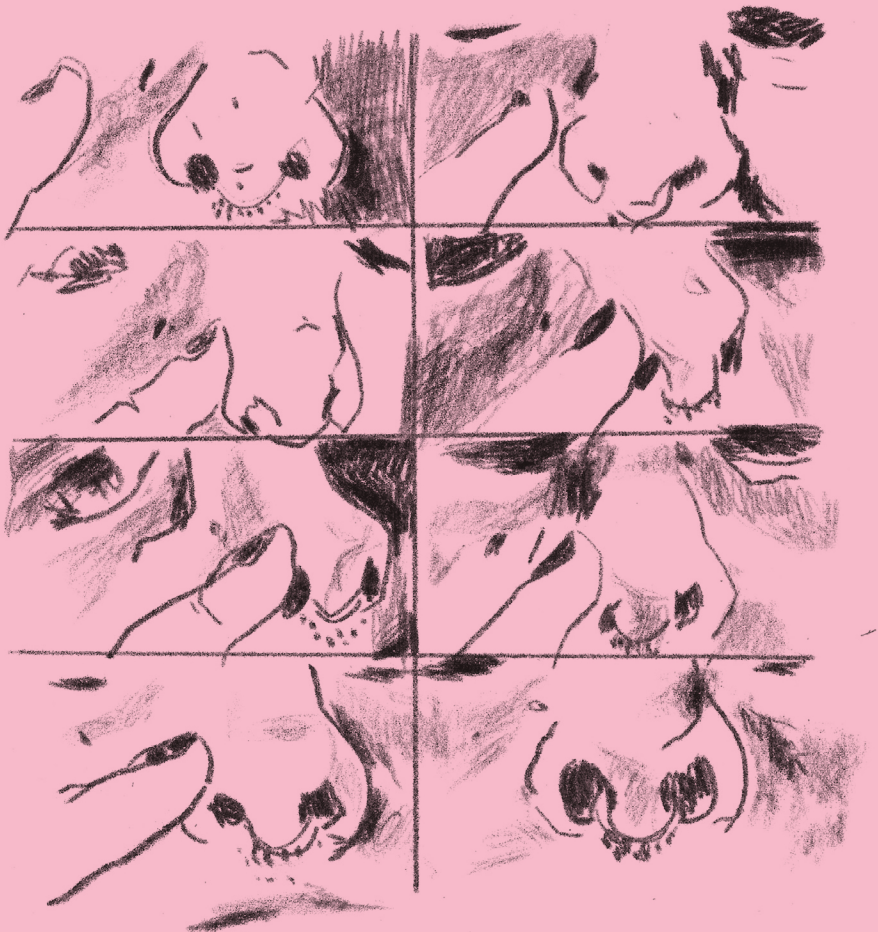


consonni

Danele Sarriugarte

otra cosa

TRADUCCIÓN
Lucía Baskaran



otra cosa

*baina nik badaukat beste zerbait
argitzen dit gogoa, zorroztu ere bai
eta ikusten dut banaizela
miseriatik at bizitzeko gai*

–J Martina¹

1 «Pero yo tengo otra cosa / que me enciende las ganas y me las aguza / y veo que soy capaz / de vivir más allá de la miseria». Fragmento de la canción «Beste zerbait» del grupo J Martina, que da título al libro en euskera. [Todas la notas son de la traductora, salvo cuando se indique lo contrario].

Nota

1. Este libro reúne materiales diversos, así como, por ejemplo, citas de otras autoras. Para identificarlas más fácilmente, las citas van entrecomilladas y llevan un asterisco delante (*«»). Las referencias bibliográficas específicas se encuentran al final del libro.
2. Este es un ejercicio de escritura: cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia.

Declaración de intenciones_1

*«El inicio de cada nuevo proyecto era siempre una continuación»

–Kate Briggs

*«El título del libro procedía de un sentimiento, y quería escribir con ese sentimiento. Lo que en realidad quería era escribir mi presente, algo que se antojaba imposible. Cómo puede un párrafo contener un día, o un día un párrafo, cuando a menudo no podía ni existir en la habitación, ni ahora en este párrafo. Siempre estaba dispersa»

–Kate Zambreno

*«Una vez se ha escrito algo, la sociedad no exige de ningún modo que se escriba nada nuevo, sino que se gestione aquello que ya se ha escrito. Es decir, que uno gestione su obra, repitién-

dola. [...] Llega un momento en la vida, un momento que tiene que ver con cierta edad ya mencionada anteriormente, en el que resulta necesario decidir qué se hará: si dedicarse a la gestión, o a la innovación, la producción»

–Roland Barthes

intro (en letra pequeña_0)

de repente te das cuenta de que los palabros que considerabas equivalentes a ti misma –tu ideología, tu identidad– son frágiles, y empiezas a hacer cualquier cosa. te sacuden varios sentimientos –contradictorios– con respecto a todo a lo que te aferrabas hasta ahora: aunque el afecto siga ahí, también surge la rabia; ya no soportas lo que hasta ahora te encendía la mirada y dices: quién soy, si no soy aquello que he sido hasta ahora –pareja, militante, hetero, profesional– y dices: qué voy a hacer sin ti –sin la política, la heteronorma, el trabajo, la propiedad–; estás perdida, te afanas en la búsqueda de nuevas certezas, no te olvidas de respirar porque lo tienes bastante automatizado y cierras los ojos y piensas: *todo era mentira, me han engañado*. rechazas tus creencias anteriores

y te conviertes a unas nuevas, agarrándote a ellas con la misma pasión de antes; o, si no, cierras los ojos y piensas: todo era verdad, esto es una prueba, lo veo claro, a mí no me engañan. el abismo te da demasiado miedo y te agarras a tu antigua fe con el doble de ahínco.

pero hay una tercera opción. siempre hay una tercera opción —una segunda tercera opción, una tercera tercera opción, las opciones son un espectro—: a veces cierras los ojos, otras los abres, intentas mantenerlos abiertos la mayor parte del tiempo, y piensas, *todo era verdad, todo era mentira*. de aquí en adelante, qué.

1_CASA

en letra pequeña_1

carne y cemento

los hechos

durante mucho tiempo, idealista.com me ha provocado un miedo atávico. durante mucho tiempo no he sido la única, y, además, en muchos ambientes, esta fobia no me ha producido ningún quebradero de cabeza; todo lo contrario. nadie menciona el tema por elección propia si no es para criticar la especulación. hasta que llega un momento en el que ya no se habla de otra cosa.

ella tiene el acceso directo a la página guardado en el menú de búsqueda de la tablet: la mira durante sus ratos

muerdos para entretenerse. no busca nada, o al menos nada en concreto; es más una fuente de fantasía, una especie de porno: mira anuncios de pisos que están fuera de su alcance.

estamos en época de confinamiento y tenemos muchas horas muertas, la necesidad de porno multiplicada. cuando nos tumbamos la una junto a la otra en la cama y me habla de metros cuadrados, nombres de calles y calculadoras de hipoteca, se me desfigura la cara. mi reacción le hace gracia y al mismo tiempo le parece increíble; eso creo. le parece increíble que, siendo tan lista para algunas cosas, me agobie tanto con otras –pero ¿acaso no somos eso como especie?–.

no vivimos juntas; somos pareja. ella vive en casa de la tía de una colega, con su colega: yo, en cambio, en la de un propietario desconocido; un local sin permiso de habitabilidad, que en realidad es algo mejor de lo que suena. vivimos en el mismo barrio, en calles paralelas, lo cual ha facilitado que hayamos superado una –hipotética– encrucijada de nuestra relación sin necesidad de decidir nada. nos encerramos a ratos en su casa, a ratos en la mía.

pronto esta situación cambiará, un poco de repente. explotaré. los malestares vienen de lejos, pero una premenstrualidad especialmente intensa, pum, va a impedir que me quede ahí un solo segundo más. aunque parezca increíble, la explosión no tiene nada que ver, al menos superficialmente, con nuestra relación, sino con haberme dado cuenta de que, desde que vivo en este portal del barrio de moda, mi eterno catarro es en realidad una sinusitis provocada por la humedad. me meto en idealista por primera vez.

desde la inmobiliaria me tramitan un permiso para poder ver el primer piso porque la cita es fuera del horario establecido por el gobierno vasco. el segundo piso lo veo dentro del horario, a las 11 de la mañana: dócil y cumplidora. lo compro.

ella flipa. puede que incluso me admire. uno de esos momentos en los que le parezco muy lista.

lo he contado por ahí. estamos en la época de los paseos matinales, pero sobre todo nocturnos. la gente me lo muestra con mayor o menor claridad, pero en general, alucinan. tras las preguntas de rigor, las hipotecadas dan la inversión por buena, aunque para sus adentros piensen que (puestas a elegir) el barrio está bastante lejos, que (puestas a elegir) no es su barrio y que, por tanto, ellas jamás se irían allí –se trata sobre todo de gente con mayor capacidad hipotecaria que yo–; otras tantas personas –les okupas; la gente que nunca va a poder comprarse una casa; la que está intentando construir cooperativas de vivienda; la de las plataformas de afectadas por la hipoteca; la gente que, además de estar en contra de la turistificación, hace algo en su contra– no saben muy bien qué decir, y me escuchan generosamente, con el mismo gesto de solidaridad que intento poner cada vez que alguien me dice que va a tener una criatura.

mi ex más antigua (exex) me pregunta directamente si me parece conveniente tomar una decisión así en medio de una crisis –la crisis general que ha traído la pandemia + la crisis personal que la premenstrualidad intensa ha puesto de manifiesto–. intenta plantearlo a modo de pregunta, pero está claro que a ella no se lo parece.

le digo que, la semana previa al confinamiento, me salió la torre cuatro días seguidos: *y ya sabes lo que significa: ¡acontecimientos colectivos que ponen la vida patas arriba!* le confieso que, desde entonces, del puro susto, he dejado de sacar una carta de tarot al día. tuerce el morro, un gesto mítico: tan escéptico como encantador. al fin y al cabo, tengo el sol en virgo y ella lo sabe: antes que nada, soy una *control freak*.

exex no se da cuenta, pero al atreverme a entrar sola en idealista por primera vez, he entendido –verdaderamente entendido– algo o, al menos, se ha justificado mi obediencia incuestionable de los últimos seis años; se han justificado las chorradas que hice durante mi primera época de adulta, como, por ejemplo, entregar un montón de cosas para poder cobrar un montón de facturas y aceptar encargos, uno tras otro, quitármelos de encima como si estuviera fabricando tornillos –una comparación paradigmática–, aun teniéndome a mí misma por trabajadora creativa, y dejar de lado todas mis demás pasiones y ganar bastante más de lo que necesitaba para cubrir gastos y gastar menos de lo que ganaba y, mientras hacía todo esto, de paso, mandar a la mierda mi relación con exex –y muchas otras–.

gracias a todo eso, tres días después de mi segunda cita con la de la inmobiliaria, firmamos el precontrato, en la cuenta corriente tengo suficiente dinero para pagar el 20 % del precio de venta, el restante me lo presta la laboral con una tasa de interés fijo.

los antecedentes

pongamos que mis padres vendieron su piso de siempre poco antes de que yo me comprara el mío. pongamos que mis padres vendieron el piso en el que me crie. pongamos que era una vivienda familiar. pongamos que, antes de pertenecer a mis padres, perteneció a mis abuelos: mi padre también creció allí. pongamos que lo vendieron para comprarse una casa más nueva, pensando que ya se estaban haciendo mayores (escaleras, etc.), pero pongamos, quizás, que a mi madre siempre le pesó vivir a la sombra de su suegra y que, aunque mis abuelos ya hubieran muerto, se quitó una espinita yén-

dose a otro sitio. pongamos que con el coche le pasa algo parecido, pongamos que cree que es fundamental para la autonomía de las mujeres y que, por eso, me obligó a sacarme el carné de conducir a los 18 o, dicho de otra manera, pongamos que me pagó la autoescuela para que no me pasara lo mismo que a ella. pongamos que a ella, tras sacarse el carné, tras haber alcanzado esa cima de su autonomía, lo que le pasó fue que nunca lo usó. pongamos que, además de sacarse el carné, se casó con un hombre y tuvo hijas, y que durante un tiempo dejó de trabajar fuera de casa para ocuparse de nosotras, y que ya no tuvo necesidad de conducir. pongamos que este parece un relato manido, pero que le pasó de verdad. pongamos que yo misma, aunque me sacara el carné a los 18, conduje un par de veces y desde entonces no he vuelto a tocar un volante. pongamos que no lo he necesitado. pongamos que he organizado mi vida para no tener que necesitarlo. pongamos que todas las heridas de los miembros de la familia se cristalizan en este asunto de la conducción: las que hay entre mis padres, las que hay entre mi padre y yo, las que hay entre mi madre y yo, las heridas de mi hermana con todos nosotros. pongamos que, cuando por fin decidí empezar a conducir, fue gracias a exex. pongamos que fue cuando salí del armario delante de mi madre, en la cocina de nuestro piso de toda la vida. pongamos que la verdad es que le dije que estaba con una chica. pongamos que se entristeció. pongamos que ella quería que yo fuera feliz y que eso [ser bollera, salir del armario] me complicaría la vida. pongamos que me preguntó si esa chica era mayor que yo. pongamos que, aun y todo, yo era su hija y siempre lo sería, y que ella era mi madre y que me querría de todas formas. pongamos que es verdad, más o menos. pongamos que las hijas solemos tener que gestionar el tema de la culpa.

pongamos que algunas madres también tienen que gestionar la profunda grieta de clase y politización que las separa de sus hijas y los sentimientos contradictorios que les genera y para los que nadie las ha preparado. pongamos: y el padre, ¿dónde está? pongamos que me sorprendió cuando me dijeron que iban a vender la casa y que pensaba que me pellizcaría el corazón el hecho de que mi pasado desapareciera. pongamos que pensé eso porque era lo que en teoría creía que debía sentir. pongamos que seguramente haya miles de relatos como ese amontonados en mi inconsciente colectivo. pongamos que, sin embargo, esa no es mi historia. pongamos que algunas sí hemos querido dejar atrás nuestro pasado. pongamos que, no en esa casa en concreto pero sí durante los años que viví en ella, me parecía que no era del todo yo. pongamos que fui infeliz en la infancia y en la adolescencia, aunque mis padres hicieron lo que pudieron con las herramientas que tenían. pongamos que la ikastola era un lugar hostil. pongamos que obedecí para que no me excluyeran. pongamos que esconderse o amoldarse o agacharse trae consigo no sentirse tranquila y bien con una misma. pongamos que creía que antes de que la casa cambiara de dueño, debería ir a despedirme de ella. pongamos que creía que era eso lo que tocaba. pongamos que al final no fui. pongamos que pasaron los días, que estaba a tope con mi vida, que en aquel momento tenía quehaceres más importantes. pongamos que mi inconsciente lo decidió por mí, al no decidir. pongamos que no me arrepiento. pongamos que no me pellizca el corazón. pongamos que, cuando me meto en la cama y recuerdo cosas dolorosas, nunca pienso en no haberme despedido de esa casa. pongamos que no me he acordado hasta ahora. pongamos que ni les ayudé con la mudanza. pongamos que también había cosas mías allí. pongamos que, en

eso, mis padres se han volcado con nosotras, como se supone que deben hacer los padres. pongamos que, por ese lado, no nos han inculcado responsabilidades que no nos tocaban, que nos dejaron ser niñas. pongamos que solo teníamos una responsabilidad: estudiar y acumular y acuerpar más capital, cultural, simbólico y económico que ellos. pongamos que lo único que nos pedían era seguir con el ascenso social de las generaciones anteriores, que dejaron atrás el caserío y la labranza. pongamos que lo hicimos, en la medida de lo posible. pongamos *«*hor noraezean, laurogeita hamarreko uzta*»². pongamos que quedó claro que ni el ascenso social ni el progreso eran verdad. pongamos el final de los dos miles. pongamos la burbuja inmobiliaria. pongamos el petróleo finito. pongamos que ahora mis padres viven en su nueva casa. pongamos que tienen una habitación para mí. pongamos que no es mi habitación, la habitación en la que no fui del todo yo, sino otra habitación en el sentido material. pongamos que la nueva habitación no tiene ninguna carga afectiva. pongamos que, desde el momento en que me fui de esa vieja habitación a otras, empecé un camino, no del todo recto, para convertir a la yo-extraña que vivió en esa casa en yo-misma. pongamos que, cuando pienso que nunca volveré allí, no siento pena, sino calma. pongamos que siento lo contrario a la nostalgia. pongamos que de ese cuarto sobre todo recuerdo lo siguiente: la soledad; el silencio; la disociación mediante la lectura. pongamos: mis padres trabajando y una hermana mucho más tarde. pongamos que quizás ahora por fin puedo abrazar a esa chavala y seguir adelante.

2 «Ahí va, a la deriva, la añada de los noventa». Fragmento de la canción «90» del grupo Merina Gris.

Traducción

Lucía Baskaran (Zarautz, 1988) es traductora y autora de las novelas *Partir* (Expediciones Polares, 2016) y *Cuerpos malditos* (Temas de Hoy, 2019). Ha colaborado en medios como *El País*, diario *El Salto* y *CTXT*, entre otros. En 2026 se publicó su primer poemario *Cara de antigua*.

Imagen de cubierta

Maider Alday Parra es restauradora y conservadora de estudios, diseñadora e ilustradora, conoce las técnicas de grabado y a veces las lleva a la práctica. Colabora cada dos semanas en el espacio *Whatever* del programa *Baipasa* de Euskadi Irratia, haciendo lo que sea. Profesora y autoprodutora de oficio. Dormilona por afición, voraz, aficionada a la danza y la música, performer. Amiga para unos, amante para otros; ha sido hija para tres personas, híbrida entre tía y prima para una sola. Ningún enemigo declarado. Todo ok (de momento).